VI.

EFECTOS DEL FRIO EN UNA ASONADA.

Las dos varas del tilbury se habian roto al caer, y el marques de Rio Santo habia sido arrojado con violencia en el suelo. Permaneció algunos segundos aturdido con el golpe; pero a pesar de esto, se levantó ántes que la multitud de sus adversarios pudiese sujetarlo.

Estaba de pié en medio de la calle y con el puñal en la mano.

Todas las ventanas de Belgrave-Square se habian abierto al ruido que hicieron los tiros. Los criados salieron a la calle, y los amos procuraban ver sin molestarse. De las calles inmediatas salian algunos grupos de gente movida por la curiosidad.

Los primeros combatientes que llegaron cerca del marques, se detuvieron sin atreverse a atacarle, porque la brillante luz del gas dejaba ver su actitud determinada, y os vigorosos y flecsibles miembros de su cuerpo, como si fuese medio dia.

—¡Còmo! los dos a un tiempo, dijo el marques burlándose.

Habia cortado el choque de Frank y tenia el puñal levantado sobre Estevan, que acababa de tropezar con una astilla de las varas del tilbury. Pero no le hirió.

En esto se oyó en la direccion de Chapel-Street un clamor lejano y confuso.

—Rendíos, milord, dijo Estevan despues de haberse levantado; ya veis que la resistencia es inútil.

—Veo que sois veinte contra uno, respondió Rio Santo. En todos los paises esto seria una cobardía; pero en Londres es prudencia y hábito.... Me rindo al honorable Frank Perceval.

—Milord, repuso éste, este no es el momento de irritarse por vuestros dichos. Tened la bondad de seguirnos.

Efectivamente, se pusieron en marcha y llegaron a la esquina de Belgrave-Square.

—Apresurémonos, dijo Estevan, si no queremos hallar obstruido el camino.

—Esto parece una asonada, añadió uno de los hombres que lo acompañaban.

Efectivamente, era el ala de un inmenso ejército que a aquellas horas llenaba las calles de Londres con sus innumerables batallones. Eran los habitantes de San Gil, los ladrones de la familia y los irlandeses, que siguiendo la direccion que les habian dado, se precipitaban por los parques hasta Buckingham Palase.

Con solo haber pronunciado una palabra en medio de esta multitud, Rio Santo hubiera podido salvarse.

Pero debia encontrar aún en el tránsito un obstáculo vivo, un hombre que parecia haber sido elegido por Dios para hacer mas amargo el cáliz. Angus Mac-Farlane

habia asistido al consejo secreto celebrado en Irish-House, y sabia que de esta multitud proveuian los gritos que el marques oia como un preludio de su salvacion. Aunque mal parado aún de su caida se arrastró sobre la nieve hasta la entrada de Chapel-Street y gritô que se detuviesen; Rio Santo se demudó al oir esta voz.

El laird habló. Estevan y Frank variaron de direccion y como el marques rehusaba dar un paso mas en sentido contrario, le cogieron por el cuerpo y le obligaron a andar.

En Belgrave-Street le entregaron a unos agentes de policía, que la doble detonacion de las pistolas habia llevado a aquel sitio; y los cuales condujeron a Rio Santo al puesto de policía de Westminster, escoltado por todos los que habian contribuido a su arresto.

Entre tanto, los conspiradores se perdian en congeturas.... No se daba la señal, los tenientes de Rio Santo esperaban con ansia; el cañon de la Torre no disparaba.

Pasaban horas y la nieve caia en gruesos copos. Los conspiradores tuvieron frio.

Es sabido que las asonadas se disipan del mismo modo que se forman. Quién sabe de donde viene la tormenta, ni dònde va? A las diez de la noche los agentes de policía recorrian las calles de Londres por donde el paso de la cohorte habia dejado un aumento considerable de lodo.

Los conjurados no habian cedido en un solo sitio: en la esquina de Prince's-Street y de Poultry. Ya sabemos que allí habia un objeto y que no habia necesidad de señal para empezar el pillage del Banco.

Se habia fijado el momento, y a las once de la noche debian empezar las operaciones.

Pero el laird habia tenido tiempo para hacer su declaracion a la policía de Wesminster. A eso de las diez, un batallon de guardias de infantería desembarcó por Threadneedle-Street y se situó tranquilamente delante de la puerta del almacen de Sodawater.

Eran las doce, y todo el mundo dormia en la ciudad, escepto algunos albañiles que estaban ocupados en tapiar la puerta de dicho almacen.

Finalmente, no quedaba ya nadie en el subterráneo, por lo cual Smith daba gracias al cielo; nadie, escepto Saunder el Elefante que se hallaba tapiado con los restos de la cena de la víspera y con su jarro de aguardiente.

Era ya muy tarde cuando Susana se separó de Clara Mac-Farlane a quien acababa de salvar, en la acera de Cornhill delante de la casa de Mac-Nab, y se hizo conducir a Regent-Street a casa de la condesa de Derby.

Hacia dos dias que la bella jóven habia sido separada a la fuerza de Brian de Lancester, en el momento en que acababa de contarle su historia. Desde entonces ignoraba enteramente lo que habia sido de Brian. Durante estos dos dias habia estado muy inquieta, y se habia consagrado al oficio de protectora que la imponia el estado de la pobre Clara. Pero luego que esta volvió al lado de su familia, el recuerdo de Lancester volvió a dominar a Susana.

Llegô a casa de la condesa de Derby, a quien hallô sola y recostada en un sofá, pálida, abatida y sumamente desanimada.

Al ver a la jóven Ofelia, se sonrió casi con alegría.

—Creí que me abandonábais, le dijo, me alegro mucho de veros.

Susana le cogió la mano, que apretó dulcemente entre las suyas.

—¡Qué pálida estais, mi querida lady! ¿os sentís mala?

La condesa llevó la mano a su corazon.

—Sí, respondió, y mi mal no es de aquellos que un médico puede curar con facilidad. Yo os contaré mis penas, Susana. Pero, ¿què habeis hecho todo este tiempo?

—Yo no puedo deciros que os contaré mis penas, repuso la bella jóven sonriéndose con tristeza: mis penas son un secreto, y este secreto no es mio. Creed, querida amiga, que el dia en que yo pueda contaros mis penas, será para mí muy grato: lo haré con vos del mismo modo que lo he hecho con Brian de Lancester, con quien voy a casarme.

—Ya sabia yo que me traiais un consuelo; ¡es para mí tan dulce veros feliz! Yo conozco a Brian, puedo deciros que es noble y bueno. Y al decir esto, besó a Susana en la frente.

—Vengo a pediros asilo, Ofelia, dijo la jóven. Si no puedo revelaros un secreto, a lo ménos debo deciros el aprieto en que me hallo.... no tengo donde ir.

—¡Cómo, esclamè Ofelia! ¿La señora duquesa de Gevres?

Susana quedó silenciosa.

—Perdonadme, prosiguiò la condesa: os agradezco que consideréis mi casa como la vuestra.

—Conozco vuestra bondod, mi querida lady, vengo a pediros un asilo, y ademas....

—¿Qué otra cosa? preguntó con dulzura la condesa.

—Hace dos dias que no he visto a Brian.

Lady Ofelia se levantó sin hacer el menor esfuerzo para coger una campanilla de oro que tenia algo lejos.

—Ya veis, Susana, me habeis curado.

—Joanh, añadió, dirigièndose a la doncella que se presentó al sonido de la campanilla, dadme lo necesario para escribir.

La doncella obedeció y la condesa mojó la pluma en la tinta.

—Es preciso causarle una sorpresa, querida mia, no quiero decirle que estais aquí, cuando venga....

—No, no, Ofelia, al contrario, decidle que estoy aquí. Una noche es bien larga y debe creerme cercada de peligros....

—¿Cómo, Susana? ¿peligros? en todas partes los hay. Voy a decir a Lancester que en mi casa nada teneis que temer.

Y su pluma trazó tres ó cuatro renglones.

—Joanh, repuso cerrando la carta, es preciso que Tom lleve este billete al instante a Cliffort-Street, y que me traiga la respuesta.

La criada salió, y la jòven dirigió a su amiga una mirada de reconocimiento.

Susana miraba muchas veces la manecilla del relox; lady Ofelia que la observaba se sonreía, porque sin duda se acordaba de muchas miradas de esta especie, hijas de la esperanza y de la impaciencia.

En fin, Joanh se presentó de nuevo con una carta en la mano.

—Dàdmela, dijo la condesa.

Susana estaba pálida de emocion.

La criada alargó la carta a su ama, quien reconoció ser la misma que acababa de escribir, la cual no habia sido abierta.

—¿Què significa esto? preguntó.

—Hace tres dias que el honorable Brian de Lancester salió de su casa y no ha vuelto todavía.

Susana estuvo para caer y se recostó, trémula, en el respaldo del lecho de reposo de la condesa.

VII.

LUNATIC ASILUM.

Hàcia las dos de la tarde deldia siguiente, el vizconde de Lentures Luces se hizo anunciar en casa de la condesa de Derby: Lady Ofelia se habia levantado y estaba en su gabinete con la princesa de Longueville, la cual se habia quedado aquella noche en Rarnwood House.

—¿La señora condesa tendrá la bondad de permitirme? dijole cojiéndole la mano....

—Hermosa dama, dijo, yo no habia reparado aún en este gracioso broche.

—Sí tal, vizconde, respondiò Ofelia; esta es la tercera vez que os ha parecido muy lindo.

—¿Hablais de veras? dijo entre dientes el francesito. Tenemos en este momento una grande cosecha de noticias....

—¿Qué hay, pues? preguntó vivamente lady Ofelia.

—Puesto que parece que estais impaciente os diré una cosa que no puede menos de interesaros.... María Trevor ha resucitado.....

—¿Pues estaba acaso en peligro de muerte? preguntó la condesa.

—¡Cómo! ¡hermosa dama! ¡cómo, milady!.....esclamò, yo no esperaba....Pero a la verdad, ¡tanto mejor! Tendré a lo ménos el gusto de contaros muy detalladamente este acontecimiento....Figúrense vdes., bellas damas.. ....porque la señora princesa ignora acaso tambien este hecho....¿De veras? ¡ah! ¡ah! a fé mia, ¡tanto mejor!.... Figúrense vdes....

En esto el francesito contó largamente, y a su modo, lo que nosotros sabemos acerca de la rara enfermedad de miss María Trevor.

He aquí una buena noticia, vizconde, dijo Ofelia. Pobre María, me alegro mucho de saber su restablecimiento, al mismo tiempo que su enfermedad.

—Hermosa dama, teneis un corazon adorable....Pero la historia no concluye aquí. María, vuelta en sí, ha hablado en términos muy diferentes de lo que acostumbraba; se creia, y yo el primero, que tenia una inclinacion muy pronunciada por ese querido marques de Rio Santo.

Y bien, todo lo contrario. María ama a Frank Perceval, que es un jóven muy gracioso; pero que no llega ni con mucho al marques.

Esto tambien es una buena nueva, dijo entre dientes la condesa.

Pero esta no es aún la grande noticia.... Se trata de nuestro querido Brian de Lancester....

Susana dejó caer sus brazos y quedó en una inmobilidad tan perfecta que cualquiera la hubiera creido una estatua.

—¿Qué ha sucedido? preguntó la condesa.

—Yo podria, sin riesgo alguno, esplicároslo de mil

modos, hermosa dama; pero siempre he tenido por cosa bien triste la costumbre de hacer sufrir a los que escuchan.... He aquí el hecho: es casi increible.... Brian está loco.

Susana se estremeció, pero guardó silencio.

—¿Qué decis, vizconde? esclamó Ofelia.

Sí, milady, y con un verdadero sentimiento....¡Pobre Brian!....Los periódicos de antes de ayer le acusaban de haber tirado un pistoletazo a la princesa Victoria de Ken....

—Creo que todo eso es falso....

Lentures Luces se encogió de hombros, dándose importancia.

—Todavia hay cosas mas graves, repuso; lo cierto es.. ...y lo sé por buen conducto, como todo cuanto yo sé, que Brian ha escalado a la fuerza, hace tres dias, el invernáculo japonés del palacio de Hew.

—¡Dios mio! ¿y para qué?

Susana respiró y llevó la mano a su corazon.

—Para buscar una camelia, bella dama, una camelia que hubiera encontrado por seis peniques en casa de cualquier florista.

—¿Y no ha manifestado otros síntomas de locura? dijo Susana, en cuyos ojos brillaba la dicha y el orgullo acordándose de la relacion de Lancester.

—Hermosa dama, respondió Lentures Luces, sois muy ecsigente; supongo que vuestra gracia no hallará esta palabra muy disonante.... Se dice que Brian ha sufrido una descarga de los guardias de caballería, y que ha reventado su caballo Ruby que vale quinientas guineas, por una camelia de seis peniques....Me parece....

—¿Pero, y si esta flor era para él de un precio que vos no podeis calcular?

—¡Ah!.... esclamó el francesito; si es preciso hablar sériamente, yo no veo....

—¿Y qué ha hecho en definitiva, el honorable Brian de Lancester? interrumpió la condesa.

—No sabré deciros, bella dama, respondió Lentures Luces, en qué casa de locos el gobierno le ha encerrado.

A estas palabras Susana se quedó pálida.

—¡Encerrado! dijo, ¿si estarà preso?

—Sí, sí, milady, en cuanto a eso, el hecho es positivamente oficial.... Es necesario confesar que su estravagancia traspasaba los límites permitidos.... Pero lo mejor del cuento es, que en el mismo dia, White-Manor, hermano mayor de Brian, se ha vuelto tambien loco furioso.

Susana tenia inclinada la cabeza sobre el pecho, y no escuchaba lo que Lentures decia.

—Su señoría el conde de White-Manor ha sido trasportado inmediatamente a Denham Pa k, asilo reservado a los locos de alta categoría. Acaso Brian se halla tambien allí.... Yo procuraré saberlo.

El francesito, no teniendo mas que decir, se levantó: tenia precision de ir a otra parte para proseguir su papel antes de la hora de comer.

Luego que marchó, la condesa procuró disminuir la impresion que este discurso habia producido en Susana; pero todo fué inútil. La hermosa jóven, en vez de alegrarse, se ponia cada vez mas triste.

—Es necesario que yo lo busque, Ofelia, dijo al fin levantándose. Es preciso que yo vuele a su socorro....

La condesa no encontró palabras para combatir esta resolucion, pues en semejantes circunstancias, ella hubiera hecho otro tanto. Y no pudiendo, a causa de su escesiva debilidad, acompañar a Susana en sus pesquisas, le dió instrucciones y cartas de recomendacion para los directores de los principales *asilos* ó casas de sanidad de los alrededores de Londres, pues no creia probable que hubiesen encerrado a Brian en uno de los depósitos de la ciudad.

Susana partió aquel mismo dia, pensando que encontraria a Brian en Londres; fué directamente a Wakefield en el condado de York. La casa de Wakefield es el dechado de los asilos. De todos los paises civilizados vienen a visitarla hombres esperimentados y sabios. La Francia y los Estados-Unidos nos envidian este establecimiento y cincuenta mas que van a construirse en varias provincias. La envidia no raciocina. Wakefield seria bastante para contener todos los locos de Francia, ó a lo menos todos aquellos que están encerrados.

Susana salió de Wakefield para ir al asilo de York; de allí pasó a Hauwell, distante de Londres solamente ocho millas, en el camino de Uxbridge.

En Hauwel, no ménos que en Wakefield, no tuvo el menor indicio del paradero de Brian; igual resultado tuvieron las visitas que hizo en todos los otros establecimientos, tanto públicos como privados, sin esceptuar el Retiro de los Amigos [cuakaros] del condado de York.

Sin embargo, en una ocasion creyó haber hallado lo que buscaba, en la opulenta y aristocràtica casa de sanidad fundada en Deham-Park por M. Benjamien Rotch, antiguo miembro del parlamento. Tan luego como Susana pronunció a su llegada el nombre de Lancester,

se le respondió que en efecto hacia dos dias que vivia en el palacio un gentleman de este nombre. Fuera de sí de impaciencia, suplicó a los empleados de la casa que la introdujesen en la habitacion donde estaba este caballero.

Le abrieron la reja de un jardin sombrío en el cual se paseaban algunos hombres de un aspecto pacífico y distinguido.

—Esperad, milady, le dijeron, ese caballero va a venir con sus guardianes.

La bella jóven se sentó debajo de un enramado y esperó.

Al cabo de algunos minutos, Susana vió venir a un anciano de un esterior enfermizo y maligno, cuyos gestos y miradas estúpidas indicaban muy claramente la locura. A su lado venian dos caballeros sumamente elegantes que le sostenian y le prodigaban todo género de atenciones y cuidados.

El anciano era el hombre que ella esperaba; y los caballeros sus guardianes.

—¿Milady desea hablar a milord? dijo uno de los caballeros.

—No, señor, respondió tristemente Susana;—yo creia.... esto es una equivocacion.

Saludaba para marcharse, cuando le sucedió una cosa singular. Su voz habia conmovido ligeramente al conde de White-Manor, que en el momento en que ella se inclinaba, burló de un salto repentino la vigilancia de sus guardianes, cogiendo el brazo de la bella jóven con una estremada violencia.

Los guardianes se alarmaron; el caso era peligroso, y el

mas pequeño movimiento podia ecsaltar la furia del conde y comprometer la vida de Susana.

Miéntras que aquellos procuraban acercarse poco a poco al lord, este habia inclinado su cara embrutecida hasta tocar el hermoso rostro de Susana, considerándola con ansia.

—¡No, no, no! dijo tres veces, ¡yo no soy el padre del niño!.... ¡Ah! creo que si Dios me hubiese dado un hijo, yo hubiera sido bueno.

Y habiendo sentido detras las pisadas de sus guardianes, se volvió precipitadamente.

—No os acerqueis, les dijo con fuerza.

Susana tenia repugnancia y miedo.

—Gilberto, repuso el lord con risa siniestra,—trae la cuerda.... la cuerda de cáñamo.... El niño se asemeja al mendigo irlandés; ¡no es mio!

Y figurando coger un objeto que le presentaba una mano invisible, pasó dos ó tres veces su puño al rededor del cuello de Susana, como si lo hubiera enrollado con una cuerda.

Los otros locos dispersos en el jardin, principiaban a juntarse para ecsaminar con curiosidad esta escena. Y como cada uno estaba acompañado de su guardian se reunió un gentío.

—¡Mirad, mirad! cuan jóven y hermosa se conserva.... y yo soy viejo. ¿No es esta una injusticia?.... Hace veinte años que me ha vendido.... ¡Ah! bien me acuerdo.... Pero ¿hace veinte, años ó ha sido ayer?.... Yo no sé.... ¡qué importa! la venganza es buena al dia siguiente como veinte años despues.... Caballeros, ¿quién de vosotros quiere comprarme esta muger?

Los dos guardias de White-Manor se apoderaron de él en este momento.

Cuando se vió sujeto por una fuerza superior, echó una mirada emponzoñada y rabiosa a la jóven, diciéndola:

—Tu hijo....deseariais abrazarlo, ¿no es verdad?.... ¡Escucha!.... ¡se ha muerto!.... ¡se ha muerto!....¡se ha muerto!....

Y pronunciando estas últimas palabras con penosa sonrisa, y no pudiéndose sostener, cayó en los brazos de sus guardianes.